

Imagen de Arturo Ardao desde una perspectiva personal (*)

Angelita PARODI DE FIERRO

Ofrezco mi homenaje al Doctor Arturo Ardao como exalumna en el IPA y expracticante en las clases que dictaba en el Instituto Alfredo Vásquez Acevedo. La primera imagen que guardo en mi memoria es la del Profesor Ardao en su tránsito por los patios del IAVA en la década de los cuarenta, en que la gallardía de su figura, su apostura, se destacaba entre los profesores treintaños de mis años de estudiante de Preparatorios en ese querido Instituto, -en que no lo tuve de Profesor-, gallardía y apostura que despertaba en nosotros admiración y respeto a la vez.

En la década del 50 lo tuve de Profesor en el IPA, cuando ya estaba desarrollando una fecundísima labor intelectual, casi puede decirse solitaria, original, que no fue durante demasiado tiempo comprendida en su verdadera significación en nuestro medio, especialmente entre quienes cultivaban la filosofía. Cierta vez, en una de esas reducidas reuniones de compañeros de estudio con algún profesor durante las breves pausas entre clase y clase en el IPA, tuve oportunidad de oír el juicio casi lapidario del docente, -quien, como no podía ser menos, estimaba mucho al Doctor Ardao-, sobre la asignatura que éste dictaba: “*Pero...Ardao se dedica a algo que no existe: ¡la filosofía americana!*”, llegó a decirnos, porque el valor del pensamiento latinoamericano solía más bien cuestionarse cuando no negarse como pensamiento de segunda mano

Y es en esa época, en la década de los 50, que Ardao publica una serie de ensayos, recogidos en *Filosofía de Lengua Española*, que parecerían responder a esa apreciación crítica de su labor, despejando confusiones y ambigüedades, y que ponen en su lugar las nociones de historia de la filosofía e historia de las ideas, y señalan la importancia de la historia de las ideas en la América Hispánica, más la posibilidad de la filosofía no sólo en América sino de América.

Destaco dos de ellos: el de 1950 “Sentido de la Historia de la Filosofía en América” y el de 1956, “Sobre el concepto de Historia de las Ideas”. En éste aclara que no debe confundirse la historia de las ideas

(*) Texto leído en el Homenaje al Dr. Arturo Ardao el 12 de noviembre de 2004, en el Paraninfo de la Universidad de la República.

con la historia de las ideas filosóficas, porque la primera es una historia particularizada en diversos sectores de ideas : filosóficas, religiosas, científicas, estéticas, pedagógicas, jurídicas, económicas, sociales... Pero si bien cada una tiene su esfera , hay en la vida concreta una interpenetración que hace relativo el deslinde de los sectores, y hay uno de ellos, el de las ideas filosóficas, que por su generalidad o universalidad ocupa una posición más elevada y opera como rector de los otros sectores.

También dirá que la historia de las ideas filosóficas puras o abstractas, rechazada por Ortega, y la de las relacionadas con sus circunstancias históricas son dos tipos igualmente válidos cada uno en su esfera, y que se necesitan y complementan. Esto lo ejemplarizó cabalmente el propio doctor Ardao en su actividad docente y en su obra escrita. Quienes tuvimos el privilegio de asistir a sus clases en el Instituto de Profesores Artigas, y de efectuar práctica docente en el Instituto Alfredo Vásquez Acevedo, podemos atestiguar su capacitación profunda en la filosofía universal, lo que le permitía vincular cómodamente, en el caso de sus clases de Historia de las Ideas en América en el IPA, el aporte de los pensadores americanos, incluidos los de nuestra nacionalidad, con los fundamentos que proporcionaban las corrientes filosóficas predominantes en los períodos históricos considerados.

El supo transmitirnos esa conexión, aplicando al proceso del pensamiento latinoamericano lo que expresara Rodolfo Mondolfo respecto del pensamiento filosófico en general: “ *No basta por sí sola la dialéctica interior del pensamiento filosófico para explicar su propio desarrollo ulterior, sino que hay que tener en cuenta además siempre la intervención de factores extraños al terreno de la especulación filosófica, factores ofrecidos por la vida, por las situaciones históricas sociales, por el desarrollo de las letras y las artes, por la historia de las instituciones, de las costumbres, de la economía, del derecho, de las ciencias, de las técnicas, de las religiones, etc.*” Pero Ardao entiende que en el proceso americano de pensamiento la historia de las ideas filosóficas es más exigido, porque aun es precario en nuestras tierras el desarrollo de la filosofía pura y por el hecho de que la organización y reorganización de nuestras nacionalidades han estado impulsadas por ideas que han servido como herramientas poderosas usadas profusamente en este proceso histórico.

En el breve ensayo de 1950, *Sentido de la Historia de la Filosofía en América*, había señalado que las generaciones intelectuales que han ejercido funciones directrices en los dominios de la política y de la cultura, han actuado inspiradas o modeladas en una concepción filosó-

fica general más o menos expresa, más o menos lúcida, y no exentas de originalidad, no de las doctrinas, o ideas en su formulación teórica, - porque hasta el siglo XX la filosofía americana se desarrolló como reflejo de la europea- pero sí de la vivencia concreta de las mismas, en su relación con “intransferibles circunstancias históricas del espíritu en espacio y tiempo”. *“Ha habido en ello, dice, una experiencia radical u original, protagonizada si no por creadores del pensamiento, o pensadores en el sentido cabal del vocablo, por conciencias puestas frente a demandas filosóficas perentorias en las que a la invitación universal se sumaba el requerimiento propio. Fueron ajenos los instrumentos conceptuales empleados, pero fueron nuestros el trance y la respuesta. Logos foráneo, pero pathos y ethos personalísimos.”*

El sentido de la historia de las ideas filosóficas en América es el de tratar de “reconstruir la trayectoria de la conciencia americana en su intimidad propia y en su originalidad histórica”, sin pretensión de descubrir doctrinas o personalidades, escuelas o sistemas que proporcionen un aporte creador a la filosofía universal. Pide una actitud intelectual de humildad y comprensión porque *“a través de los moldes que el pensamiento europeo ofrece, hay que reunir e interpretar episodios menores a veces hasta la insignificancia aparente o balbuceos de la inteligencia. Pero eso fuimos y sobre tales raíces hemos crecido. Ignorarlas o, lo que es peor desdeñarlas, es más que negarnos a nosotros mismos, condenarnos a carecer de esa memoria del yo con que las colectividades, como las individualidades, integran, en definitiva, la personalidad.”*

Yo quiero subrayar estos últimos párrafos, porque Ardao ha trabajado incansablemente en la difusión del pensamiento americano y nacional en su riquísima y vasta obra, porque con ella procura ubicarnos en nuestro lugar como seres pensantes, como conciencias lúcidas (y debería poder decirse agradecidas), abiertas al pensamiento universal, pero capaces de afirmarse en el terreno de las circunstancias históricas, políticas, culturales de su mundo de la vida para crecer y madurar en autenticidad.

En tal sentido fue también ejemplar en su actividad docente. En sus clases de tercer nivel nos fue presentando con naturalidad a personajes de la historia del pensamiento de América y del Uruguay, que se ocupó de rescatar del olvido o de la indiferencia, dándonos en sus lecciones y en sus libros luminosos retratos de esas personalidades, muchas de las cuales, si no fuera por la labor paciente y lúcida de ese docente sin par, hubieran permanecido totalmente al margen del interés filosófico y/ o pedagógico de muchos de nosotros. Él nos mostró con claridad la ligazón de su pensamiento con el decurso de nuestra historia misma,

cuando las instituciones públicas, la conducción de la vida política, social, cultural, educativa, estaban en gran parte sostenidas por poderosas corrientes filosóficas que dieran sustancia a nuestro espíritu liberal, y que, a despecho de las controversias apasionadas de los brillantes sostenedores de tales doctrinas se conjugaron en la integración de sentimientos de tolerancia y de respeto como se personificaron, por ejemplo, en esa figura que con tanta delectación nos describe Ardao en el espiritualista Plácido Ellauri, en quien veo rasgos evidentes de la propia actitud de nuestro filósofo, más allá de las distancias de doctrina, especialmente en el espíritu de tolerancia que signara la vida de aquel docente venerable y venerado hasta por aquellos discípulos que no compartían su posición filosófica. (Ver *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, FCE - Colección Tierra Firme). Respecto a él nos dice que en su magisterio contribuyó a configurar toda una época, pero que “*por gracia de la ausencia de tradición, característica de nuestra vida intelectual, es, sin embargo, un desconocido para las generaciones actuales*”. Y más de una vez lamentará Ardao ese olvido en que han quedado tantas personalidades de nuestra historia cultural. Y hoy ¿qué programas de filosofía recogen la historia de nuestro pensamiento en los niveles de enseñanza media, donde debería estar?

Hay que leer a Ardao, disfrutar de la fineza de sus análisis de las diversas doctrinas filosóficas y sus propios aportes originales, tales los que expone en sus libros *Espacio e Inteligencia*, de 1983 y *Lógica de la Razón y Lógica de la Inteligencia* de 1998. Del primero destaco los ensayos que se dedican a la espacialidad de la psique. Allí, entrando ya en el terreno de la antropología filosófica, controvierte la posición tradicional que niega espacialidad a la psique para atribuirle solo temporalidad, o no atribuirle ninguna de estas dos coordenadas, como en el caso de Max Scheler al considerar al espíritu, esencia del hombre, fuera de la escala vital, fuera del tiempo y del espacio: Ardao argumenta con gran convicción la existencia de un “*aquí*” en cada proceso psíquico como tiene su “*ahora*”, y postula la instauración de “una “*tópica*” de lo psíquico en cuanto consideración de su espacialidad, y no ya mera “*crónica*” en cuanto sola consideración de su temporalidad.” Y más aún: el tiempo ha de ser explicado por el espacio, porque él se origina por el movimiento espacial: “*el cuándo es explícita o implícitamente dependiente del dónde*”, lo cual no implica negar el tiempo ni la temporalidad existencial de la vida humana, ni la historicidad del hombre en su existencia social, pero esa “*temporalidad individual o colectiva, dice, tiene por fondo ontológico al espacio sustantivamente real, no identificado con la pura extensión geométrica*”, es decir a un espacio que

“no solo no es ajeno a la vida, sino que tiene en ésta uno de sus más decisivos escalones ascendentes” y que es reconocido por la inteligencia, inmediata aprehensora supralógica de la relación entre el sujeto que conoce y el objeto conocido, y no por la razón, que es la mediata aprehensora de esa relación. El prolijo detalle de estas elucubraciones, y otras ideas de los ensayos de este atrapante libro, nos muestran su erudición en cuestiones científicas en las que apoya sus tesis, y el cuidado que pone en la exposición de las mismas con rigor didáctico.

La misma rigurosidad en los exámenes que efectúa en el segundo de los libros citados. Lo vemos alineado en movimientos que reaccionan no “contra” sino respecto de la lógica formal en cuanto considerada como la última palabra de la lógica. Son los sostenedores de una lógica concreta, apta para tratar las situaciones problemáticas de la vida. Así las concepciones de Ortega y Gasset (lógica de la razón vital), Vaz Ferreira (lógica viva), Recaséns Siches (lógica de lo razonable), la lógica borrosa, lógica vaga anticipada por B. Russell, la lógica como teoría de la investigación de Dewey, en fin, a las que Arturo Ardao unificará con el nombre de *lógicas de la inteligencia*, para distinguir estas concepciones, incluyendo la suya, de las de las lógicas de la razón. Toda una galería de pensadores afiliados a esta orientación desfila en las páginas de Ardao en la concordancia de destacar esa razón flexible, plástica, a la que, sin embargo, no aciertan a designar con el término que él considera como el adecuado para designarla: inteligencia. Y así la intuición bergsonianiana, el buen sentido hiperlógico de Vaz Ferreira, la razón vital de Ortega no son sino nombres provisorios de la inteligencia.

Y ya adoptando el término por él propuesto, podemos agregar que el “campo visual” de su inteligencia, de extraordinario alcance, recorrió también el dominio de la lingüística en varios de sus ensayos reunidos en “*Filosofía de Lengua Española*” (década del 60 casi todos). Allí se ocupa, entre otros temas del lenguaje de la filosofía, diverso del de la ciencia, y muestra cómo su evolución desde la lengua griega que se hiciera a sí misma como lengua filosófica a partir de la nativa, pasando por el largo dominio del latín para diversificarse en las lenguas nacionales, que de lenguas vulgares pasan a convertirse en lenguas filosóficas, determinó los rasgos distintivos de las diversas filosofías nacionales: filosofía alemana, filosofía francesa, filosofía italiana, cada una con sus temáticas y tendencias doctrinarias dominantes, pluralismo lingüístico que obra sobre el destino del pensamiento mismo. Y respecto de la filosofía de lengua española, señala que la maduración de su personalidad filosófica fue mucho más tardía que la de las otras lenguas nacionales: el abandono del latín, dominante hasta el siglo

XVIII, para ser sustituido por el español a partir de Feijóo, se produce en momentos de decadencia de la filosofía y la cultura hispánicas, y tal decadencia, nos dice Ardao, “grava congénitamente” al español como lengua filosófica y afectó la recepción por parte de las otras culturas del pensamiento español, considerado con cierta óptica descalificadora, y también hubo de afectar a la consideración del pensamiento hispanoamericano. Pero esa óptica ha ido cediendo ante la progresiva toma de conciencia de sí mismo del pensamiento de lengua española, impulsada por el magisterio de Ortega en ambos lados del Atlántico, los aportes en Hispanoamérica de los pensadores españoles que tuvieron que emigrar de su país debido a la guerra civil española –los llamados “*transterrados*” por José Gaos, uno de los más activos- y los trabajos que sobre el proceso cultural de estas tierras efectuaron el propio Gaos y Francisco Romero.

¿Y qué decir de la obra de Arturo Ardao en este proceso y en esta nueva proyección del pensamiento de lengua española incorporándose dignamente a la filosofía universal?

Dije en algún momento “*nuestro filósofo*” y dije bien: “*filósofo*”. Porque esa es la calificación que le corresponde, así como también le cuadra la de “*Maestro sin más*”, que él aplicara a Carlos Quijano como periodista y que Agustín Courtoisie transfiriere al propio Ardao. Él mismo nos dice en su ensayo de 1977 “Historia de las ideas filosóficas en América Latina”: “*Toda historia de las ideas filosóficas, si es auténtica, es en sí mismo ejercicio filosófico; no solo porque sin filosofar de alguna manera es imposible organizar la sucesión del pensamiento de filósofos, escuelas, sistemas, corrientes, sino, además, porque es nutriéndose dialécticamente de su propia historia que el progreso de la filosofía se cumple.*”

Su obra ha alcanzado el reconocimiento internacional y no sólo ha dado a conocer también en ese amplio ámbito a los pensadores hispanoamericanos como historiador de sus ideas, sino en actitud de filósofo a la vez. Porque es filósofo no solo por su aporte personal en los terrenos metafísico, antropológico, lingüístico, sino también cuando interpreta con profundidad y criterio crítico figuras e ideas de la historia del pensamiento. En la Advertencia con que se abre su importantísima obra *Racionalismo y Liberalismo en el Uruguay*, hace explícita su posición “*desvinculada en absoluto de toda confesión u organización religiosa o filosófica, tanto de las principalmente historiadas en el trabajo –catolicismo, protestantismo, francmasonería- como de cualesquiera otras*”. Si bien reconoce que la libre posición racionalista ha ejercido un cierto influjo en plantea-

mientos y desarrollos, “no se ha querido servir a más preocupación que la de la objetividad histórica”, aclara. Esa objetividad que no ha sido la de la pálida neutralidad que se niega hasta el derecho de la interpretación, sino que es la que surge del rigor de una cabeza pensante que no se conformará con darnos una historia de las ideas despegada del mundo de la realidad, sino que hará resurgir vidas concretas, en la medida en que la profundidad y la amplitud de sus análisis pone de manifiesto las circunstancias en que fue gestándose el pensamiento de esas vidas: el momento político, la fuerza de las corrientes de ideas que se disputaban el dominio de los espíritus y de los órdenes de la cultura, en el ámbito educacional, en el religioso, en el de la organización social. Y sin renunciar al juicio valorativo en aplicación de un criterio asumido sobre el fundamento de una conciencia lúcida independiente, en la que lo axiológico no abdica de sus legítimas exigencias, mantiene la actitud de respeto y admiración – virtud a destacar – por las personalidades que aportaron lo que creyeron ser lo mejor para el desenvolvimiento de estas tierras, de estas generaciones orientadas hacia un futuro cercano, ya fuere mediante el cultivo de la ciencia positiva, o mediante la dirección hacia la trascendencia, hacia la educación, la organización social... No es necesario compartir los puntos de vista de cualquier corriente para hacer resaltar con entusiasmo inteligente la vehemencia y honestidad de los expositores o sus adictos. Y ese es uno de los grandes méritos de Arturo Ardao. Leyéndolo, no menos se siente uno contagiado por ese entusiasmo: tanto las grandes figuras que nuestra historia ha consagrado con justicia, como otras injustamente recubiertas por capas de olvido, se nos presentan con nitidez, existentes de carne y hueso, resurgiendo como paradigmas y síntesis de idea y acción en el difícil trabajo de construcción de nuestra identidad.

Me permito dirigirme a él diciéndole: Gracias, Dr. Ardao por tratar de ponernos en nuestro lugar ¡y que hagamos votos porque lo sepamos ocupar con dignidad!